

¡Todo está bien cuando todo termina bien!

(Job 42.12-17)

Los últimos seis versículos de Job nos brindan una gran culminación de un gran drama. Vale la pena leer todo el libro, con el único fin de llegar a leer lo que dice 42.12: “Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero;...”. Esto es lo que usted debe recordar: ¡*El Señor bendice!* El Señor bendice incluso en medio de la adversidad. Cuando al final de nuestras tribulaciones hemos aprendido valiosas lecciones, o nos hemos convertido en mejores personas, es porque el Señor nos ha bendecido. Si al final somos fortalecidos, eso es bueno. Esto fue lo que Salomón dijo: “Mejor es el fin del negocio que su principio;...” (Eclesiastés 7.8).

Las tribulaciones de Job tienen un final feliz. No solamente aprendió él acerca del terrible poder de Dios, sino que también experimentó su abundante misericordia:

Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job. Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y cada uno de ellos le dio una pieza de dinero y un anillo de oro. Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero; porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas, y tuvo siete hijos y tres hijas... Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job viejo y lleno de días (42.10-17).

Dios quitó la aflicción de Job, y le devolvió, duplicado, todo lo que había perdido. Cuando Job se recuperó, sus hermanos y hermanas y otras amistades comieron con él y le trajeron regalos. Con la ayuda de la familia y de sus amigos y con las bendiciones de Dios, Job volvió a hacer su vida. Sus rebaños y manadas crecieron al doble del tamaño que habían tenido antes de que se los quitaran. Tuvo siete hijos y tres hijas más —las cuales eran las más hermosas mujeres de toda la tierra. Job vivió 140 años después de sus aflicciones. Vivió para ver sus nietos y bisnietos y murió viejo.

El mensaje de las aflicciones y victoria final de Job contiene algunas claves que nos ayudan a hacerle frente a nuestros propios problemas. Hagamos una revisión del libro de Job y consideremos las lecciones que contiene sobre cómo hacerle frente a las aflicciones.

¿QUÉ ES LO QUE NO SE DEBE HACER EN LOS MOMENTOS DE AFLICCIÓN?

En primer lugar, no rendirse. Job maldijo el día en que nació. Esto fue lo que dijo: “¿Por qué no morí yo en la matriz, ...?” (3.11). Este es a menudo el sentimiento que se desarrolla cuando la vida toma giros inesperados. Pero Job jamás se rindió. Santiago habló de la paciencia de Job: “Habéis oído de la paciencia de Job, ...” (Santiago 5.11). Aunque murmuró e inquirió explicaciones de Dios, jamás renunció a él.

Note la actitud, con la cual Pablo le hizo frente a las dificultades: “... estamos atribulados

en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos;...” (2 Corintios 4.8–9). Estaba dispuesto a ir dondequiera que Dios lo enviara y a hacer lo que fuera que Dios quisiera. Les dijo a los hermanos de Filipos que no sabía qué escoger, si vivir en la carne para beneficio de la obra del Señor o si irse con el Señor a los cielos (Filipenses 1.21–24). No era a él que le correspondía tomar esa decisión; él estaba preparado para aceptar la decisión de Dios para su vida. Estas palabras cobran un mayor significado cuando recordamos que Pablo estaba preso en los momentos que las escribió.

En segundo lugar, no vuelva su mirada hacia atrás. Job añoró “los días cuando todo estaba bien” (29.2). De nada sirve que deseemos volver a las condiciones en que nos encontrábamos en mejores días. Podemos recordar aquellos días; no hace daño hacer memoria de ellos; pero cuando queremos que esos días vuelvan, nos vamos a decepcionar. El mismo Dios que dio “los días felices” puede dar “nuevos días felices”. Nuevamente la actitud de Pablo es de ayuda:

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo yo alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3.13–14).

Es inútil añorar los buenos días que ya han pasado. El ayer no está más cerca de nuestro alcance que el primer día que Dios creó. Más bien, ¡tengamos esperanza de que habrá días de mayor brillo más adelante!

En tercer lugar, no se compadezca de sí mismo. Las aflicciones que Job sobrellevó eran tan grandes que las sintió más pesadas que la arena del mar (6.2–3). Job se compadecía de sí mismo. Lo irónico de sentir lástima de sí mismo es que cuando uno se compadece de sí mismo, ¡uno es el único que lo hace! No hubo quien se compadeciera de Job excepto él mismo —ni siquiera Dios. Sus amigos no sintieron lástima de él a pesar de que él les pidió que la sintieran: “¡Oh, vosotros mis amigos, tened compasión de mí, tened compasión de mí! Porque la mano de Dios me ha tocado” (19.21). Su esposa no le consoló.

Moisés se compadeció de sí mismo cuando llevó sobre sí las quejas de los israelitas. No podía entender por qué Dios le había dado que llevara tan pesada carga. En cierto momento le preguntó a Dios: “¿Concebí yo a todo este pueblo? ¿Lo engendré yo, para que me digas: Llévalo en tu

seno, como lleva la que cría al que mama,...?” (Números 11.12–15). Le pidió a Dios que lo dejara morir porque no podía soportar la carga de todo el pueblo por sí solo. Dios le resolvió el problema a Moisés. También se lo resolvió a Job. Hay momentos, en los cuales pensamos que Dios está en contra de nosotros, pero no es así, él siempre está trabajando a favor nuestro.

En cuarto lugar, no le eche la culpa a otros. Las tácticas de la autojustificación son tan antiguas como el Jardín del Edén. Cuando Dios encaró a Adán y Eva con el pecado de ellos, Adán le echó la culpa a Eva y también a Dios. Esto fue lo que dijo: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Génesis 3.12). Eva le echó la culpa a la serpiente, cuando dijo: “La serpiente me engañó, y comí” (3.13).

Job buscó a quién echarle la culpa por sus problemas. No creía que él era responsable. Como no tenía a quién echarle la culpa por sus tribulaciones, entonces le pidió explicaciones a Dios. La búsqueda de un chivo expiatorio no resuelve nuestros problemas. Mientras Satanás nos mantenga ocupados en la búsqueda de alguien o de algo a lo cual atribuirle responsabilidad, se seguirá saliendo con la suya impidiéndonos que resolvamos nuestros problemas.

¿QUÉ ES LO QUE SE PUEDE HACER EN LOS MOMENTOS DE AFLICCIÓN?

En primer lugar, confíe en Dios. Debemos recordar lo que dice Job 42.12: “Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero”. ¡El Señor bendice! El sol se pone, pero también sale (Eclesiastés 1.5). No se debe desafiar a Dios; en lugar de esto, lo que debe hacerse, es confiar en él. Cuando “las cosas se ponen difíciles”, no es el momento de alejarse de Dios. ¿Cuántos habrá que se alejan de la familia de Dios cada vez que enfrentan momentos de crisis? Precisamente esos son los momentos para los cuales la familia de Dios fue creada. La fe que no puede sobrevivir a una crisis es una fe muy débil. Cuando Jonás enfrentó su más dura prueba, fue cuando más confió en Dios. Estando en la panza del gran pez, clamó: “Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé de Jehová, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo” (Jonás 2.7).

Hagamos una pausa para reflexionar. Esto es lo que leemos: “Meditad en vuestro corazón estando en vuestra cama, y callad” (Salmos 4.4); “... No temáis; estad firmes y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros” (Éxodo 14.13). No debemos continuar tratando de resolver nuestros

problemas echando mano tan sólo de la capacidad humana. No podemos valernos por nosotros mismos. Debemos poner nuestros problemas, y también ponernos nosotros mismos, en las manos de Dios. El tranquilizante que Dios nos da, es este pensamiento: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo; echando toda vuestra ansiedad sobre él” (1 Pedro 5.6–7). Job vivió muchísimo tiempo antes de Pedro, pero no fue sino hasta que Job hizo esto que Pedro enseñó, que Dios exaltó a Job.

En segundo lugar, dele gracias a Dios. Debemos estar agradecidos con Dios por lo que ya nos ha dado, en lugar de lamentarnos por lo que nos hubiera gustado que nos diera. Una vez le propuse a una clase de damas que tratara de orar durante toda una semana sin pedirle nada a Dios —que trataran sólo de agradecerle por lo que ya nos había dado. A la siguiente semana, muchas damas expresaron que les resultó difícil orar sin pedirle nada a Dios. Por supuesto que no hay nada malo con pedirle a Dios las cosas que necesitamos —o lo que creemos que necesitamos. Jesús les enseñó a sus discípulos a pedir (Mateo 7.7). Puede que Dios no piense que necesitemos lo que estamos pidiendo —en cuyo caso puede que responda con un “no” a nuestra petición (2 Corintios 12.7–9). Tal vez sólo responda: “Ten paciencia”. Debemos aceptar la respuesta que él quiera darnos. Esto es lo que Salmos 27.14, dice: “Aguardad a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová”.

Debemos dar gracias a Dios no sólo por lo que nos ha dado, sino también por lo que nos ha prometido darnos. Podemos estar agradecidos por la mansión que nos ha prometido preparar (Juan 14.2–3). Se nos enseña a dar gracias en todo: “Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5.18).

Cuando yo era chico, me divertía un hombre soltero, el cual solía ir a cazar con mi papá. Había veces cuando llegaba a tiempo para cenar con nosotros. Cuando ya estaba listo para el postre, le decía a mi mamá: “Gracias, señora, por un pedazo de pastel, por favor”. No era que ya hubiera recibido pastel alguno, pero sabía que lo recibiría. Nosotros podemos darle gracias a Dios por las bendiciones que sabemos que vamos a recibir, aun cuando no las hayamos recibido todavía. Necesitamos considerar todas las bendiciones que tenemos —¡las pasadas, las presentes y las futuras!

En tercer lugar, piense positivamente. Es mejor enfocarnos en las soluciones y no en los problemas.

Es más el tiempo que pasamos hablando de los problemas que el que pasamos hablando de las soluciones. Sería poco lo que los periódicos tendrían para imprimir si sólo informaran de las soluciones a los problemas. Las reuniones de negocios de las iglesias se llevarían poco tiempo si los hombres no deliberaran sobre los problemas. Ha sido común en tales reuniones, que se hable de un problema durante media hora y luego se aborde el siguiente “problema”, sin siquiera haber considerado posibles soluciones. Esto dice mucho de nuestra forma de pensar. Pensamos en los problemas, los obstáculos y los fracasos. La gente necesita oír de las posibilidades, considerar las soluciones y visualizar las victorias.

Dios quiere que nos ilusionemos con la victoria (1 Corintios 15.57). Quiere que hagamos uso de su poder (2 Timoteo 1.7). No quiere que haya nada por lo cual estemos afanosos (Filipenses 4.6), sino que creamos que podemos hacer todo lo que él quiere que hagamos, a través del poder de Cristo Jesús (Filipenses 4.13). Quiere que pensemos en lo bueno (Filipenses 4.8). Quiere que seamos fuertes y valientes, “de manera que podamos decir con confianza: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Hebreos 13.6). Esto fue lo que David dijo: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?” (Salmo 27.1).

Un cristiano que piensa positivamente, es simplemente uno que confía en Dios lo suficiente como para creer que él solucionará nuestros problemas. Cuando confiamos en Dios y le damos gracias por las bendiciones que recibimos, estaremos pensando y actuando positivamente.

No se quede sentado, ni parado, ni de brazos cruzados. Haga algo en el nombre del Señor. Una buena manera de comenzar a hacerlo es leyendo el Salmo 23 o 27. El Salmo 23, es el recordado salmo de David que comienza así: “Jehová es mi pastor; nada me faltará”. El Salmo 27, dice: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?...”. Estas Escrituras nos pueden dar el aliento que necesitamos para hacerle frente a las cosas con las cuales bregamos. Esto fue lo que Pablo dijo: “... ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza... Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos” (1 Timoteo 4.13–15).

Otra cosa que Pablo dijo fue esta: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4.4). Con la fortaleza que viene de Dios, podemos regocijarnos aun en medio de la lucha. “... el corazón contento tiene un banquete continuo” (Proverbios 15.15).

CONCLUSIÓN

Me gustan las historias que tienen un final feliz. Ellas sugieren que nuestras vidas pueden tener un final feliz. Las aflicciones de Job fueron severas, pero pasaron; su vida fue mejor, su carácter salió fortalecido y su amor por Dios llegó a ser más grande. Llegó a estar mejor preparado para las aflicciones futuras.

Esto fue lo que Santiago dijo: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (1.2–3). Podemos hacerle frente a las aflicciones con gozo, si recordamos que ellas producirán un resultado deseable al final. Los cristianos deberían desear tener una mayor paciencia, pues la paciencia produce estabilidad, madurez y otras cualidades que endulzan la vida. Esto es lo que se nos dice: “Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Santiago 1.4).

No hay aflicción que al presente parezca ser causa de gozo, sin embargo “después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Hebreos 12.11). Las aflicciones nos fortalecen. Si no fuera por ellas, jamás apren-

deríamos a “andar como [Jesús] anduvo” (1 Juan 2.6).

Una vez una mujer halló, sobre el alféizar de su ventana, a una mariposa que trataba de liberarse de su capullo. Ésta forcejeó durante varios días tratando de salirse por un pequeño hoyo en uno de los extremos del capullo. Primero sacó la cabeza, luego la parte superior del cuerpo, luego las alas emergieron. A la mujer le incomodaba ver a la mariposa forcejeando por abrirse paso a través del pequeño hoyo. Decidió que necesitaba ayuda, de modo que le agrandó el hoyo a la mariposa, y ésta salió con facilidad. No obstante, el abdomen de ésta estaba tan hinchado que ella no podía volar. La mariposa murió sobre el alféizar de la ventana. La mujer no sabía que había privado a la mariposa de un forcejeo que ésta necesitaba para sobrevivir. Ese forcejeo le hubiera reducido el volumen del abdomen y le hubiera fortalecido las alas a la mariposa.

No le pida a Dios ni espere de él que le libre de sus problemas. Pídale, en lugar de ello, que lo prepare para trabar combate con éstos y así vencerlos, con el fin de llegar al final siendo fiel.■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados